

Periplos Literarios

Revista del Centro PEN Guadalajara



pen
Guadalajara

pen 1921-2021
INTERNACIONAL

Otoño | Año 1 | No. 1



LIBRERÍA
CAPÍTULO X

S AL

to vic

lo r

artar el a

al

ción

suba

el de

SUS

SUS

SUS

SUS

SUS

SUS

SUS

SUS

SUS

SUS

SUS

SUS

SUS

SUS

SUS

SUS

Editorial


En el arte de la palabra escrita el viaje es un tema de renombre. El ejemplo más afamado son las correrías de Ulises quien parte de Ítaca y retorna. Abundan variaciones o matices: Dante transita por las diversas esferas del cosmos y concluye sus días en el exilio; en un ámbito cercano Juan Preciado va a Comala y extravía el camino de regreso.

Periplo es una palabra que se siente a sus anchas en la literatura, tiene un lugar indiscutible como símil del ciclo de la vida, del curso del destino. Es breve, concisa y ambigua, de raíces griegas; suena como un trino, y es una hermosa voz para nombrar una revista literaria.

Entre agosto de 1997 y diciembre de 2001 se publicaron en Guadalajara trece números de la primera época de Periplo, revista de literatura; a los que siguieron dos más de una nueva época, en 2007 y 2008. Sucesivamente fue una publicación, primero, del Comité de Enlace para América Latina de PEN Internacional (números del 0 al 2), luego una revista

hispanoamericana de literatura sin vínculo institucional manifiesto (del 3 al 7), y posteriormente (del 8 al 12) la revista de PEN Guadalajara, los dos números de la nueva época inclusive. Comenzó de cero y al pasar el tiempo se colmaron las expectativas.

Salió a la luz cuando estaba por cumplirse la primera década del colapso del Muro de Berlín, y en víspera de un nuevo siglo. Concurrir en un mundo vasto y abierto ha sido su vocación desde siempre. Apenas salida de la imprenta inició el recorrido: el número 0 fue a la Feria Internacional del Libro de Puerto Rico, al congreso de PEN en Edimburgo y a Dallas, a un encuentro de la American Literary Translators Association organizado por la Universidad de Texas; a partir de ahí se borraron las fronteras: Dakar, Bogotá, Trømsø, Moscú, Gijón, Berlín, Varsovia. A través de un proveedor de servicios bibliográficos, la biblioteca de la Universidad de Nueva York adquirió la colección completa de la primera época.



De un número al siguiente hacer Periplo ha sido trabajar arduo, sin regatear un instante de la jornada, hasta el cierre, y volver a comenzar. En el inicio se imprimió íntegramente en rotativa con cubierta a dos tintas; después se publicaron varios números con cubierta de cartoncillo a dos tintas, con lo que se conseguían tres colores; excepto del 0 y el 1, los interiores se imprimieron en láser monocromático de alto volumen; del 7 al 12 la cubierta se imprimió en cuatricromía; el formato de la primera época es doble legal. Existen en resguardo archivos PDF de la totalidad de los interiores, menos, desafortunadamente, del primer número de la nueva época, donde hay un magnífico poema de Emil Martel y viñetas de José Clemente Orozco Farías.

Para hacer una revista como Periplo no es necesaria una justificación, simplemente es una satisfacción como pocas; dice Woody Allen: «La gracia de hacer una película es hacerla, el acto creativo».

Una escena del acervo imborrable: El poeta Ernesto Flores leyendo con indescriptible cadencia, en el Salón de Cabildo de Guadalajara, «La mecedora», inédito publicado en el número 2.

Termina este recuento con una anécdota. Moscú año 2000. Encuentro fortuito con Günter Grass, quien accede de la manera más amable a publicar en Periplo un texto suyo. Seis años después otro congreso, ahora en Berlín, da la oportunidad de entregarle personalmente ejemplares del número 9, donde está publicado su trabajo. Finalizada la ceremonia de clausura del congreso, quince minutos de charla cordial; platica que tiene una nuera mexicana; recibe la revista con el candor de un escritor novel.

Periplo iza velas nuevamente. Enhorabuena. Bienvenidos a la travesía.

Luis Mario Cerda

Contenido

Cuento

Laura y Aura <i>Aída María López</i>	8
El equilibrio natural <i>Martín Valverde</i>	11
Minificciones <i>Ruth Levy</i>	15

Ensayo

De memoria y espacio y los espacios de la memoria <i>Mario Martín</i>	18
¿Qué fue primero, las mexicanadas o los todólogos? <i>Elsa Levy</i>	22
Es oficial, se ha ido para no volver <i>Jorge Luis González</i>	26
Ray Bradbury, un escritor visionario <i>Laura Hernández Muñoz</i>	28

Caída Libre

Personaje <i>Silvia Quezada</i>	33
------------------------------------	----

De Periplo

Voces de resistencia en <i>Resistir:</i> <i>Antología de poesía latinoamericana 2020.</i> <i>Diana P. Valencia</i>	36
Navegaciones sobre la piel de las islas <i>Raúl Aceves</i>	41
Después de Madrid <i>Martha Cerda</i>	45
Calendario Literario <i>Lizbeth Sánchez</i>	46

COLOQUE
ESTAMPILLA



PERIPLOS
CUENTO
LITERARIOS



Laura y Aura

Aida María López

Pasa, Aura —dijo con su voz vieja.

—Mamá, ya te he dicho, soy Laura — contesté enfadada.

Con sus casi setenta años no disminuía su preferencia hacia mi gemela; otro día escuchando las «virtudes» de Aura y los «defectos» de Laura. Mi hermana era la bonita, la inteligente y todos los calificativos que engrandecen a un ser humano. El espejo confirmaba sus dichos, con minutos de diferencia nací baja de peso y una marca en el cuello la cual se fue agrandando con la edad. Mamá, durante el eclipse de luna, se rascó la panza estando embar-

zada y por eso la «chivaluna» en mi piel. Los dermatólogos no lograron con cremas, ni con láser, borrar la mancha violácea o tan siquiera difuminarla. Urgía que transcurriesen las seis semanas del postoperatorio y el médico le quitara la venda de los ojos; la venda respecto a Aura nunca se la podría quitar yo.

«Lo bueno es que tú sí vienes a acompañarme, Laura ni se para por aquí. A pesar de tus ocupaciones con mis nietos y tu esposo, no me desamparas. Cuando una hija es buena, una madre lo nota cuando es pequeña». Esas palabras retumbaban en mi cabeza, las había escuchado desde que tuve uso de razón. Una vez más le repetí que mi hermana no podía estar por las razones mencionadas por ella misma. Las vacaciones del despacho me facilitaban cubrir el turno diurno; el nocturno lo hacía la enfer-

mera. No solo estaba ciega, sino también sorda; mis palabras no las oía, seguía llamándome Aura como su nombre; el desdoblamiento de su perfección. Narcisista en exceso. Decidí cumplir su anhelo, no le aclararía quién era y que siguiera creyéndose junto a la sacrificada de mi hermana y no conmigo, la solterona mala hija.

—¿Tan ocupada estará la malagradecida? Atiende mejor a su perro, por eso no me arrepiento de haberte dado más a ti. Siempre se lo dije a tu padre, la gente fea es mala, pero él decía que soy clasista y por eso la traigo contra Laura. Quiero que sepas que todas mis joyas son para ti, hija, en cuanto me quiten estos trapos de los ojos te las entregaré. Mejor en vida, así ella no tendrá derecho a reclamar. La casa la pondré a tu nombre...

—¿Crees justo dejar a mi hermana sin la mitad de la casa? —La interrumpí tajante—. Ella no se quedará conforme, trabaja con abogados y reclamará lo que por ley le corresponde.

Mi madre estuvo callada y pensativa por segundos que parecieron eternos, enseguida reaccionó.

—¿Me estás pidiendo la propiedad en vida?

—No, no te estoy diciendo eso —en automático repelí esa posibilidad.

Sus deseos de orinar desviaron el tema. La ayudé a levantarse de la cama y con cuidado la dirigí al sanitario. Vinieron a mi memoria los días cuando en ese mismo lugar el *shampoo* entraba a mis ojos. Mi «mala suerte» a la hora de la ducha era habitual. La mirada de Aura nunca se vio empañada con el jabón, pocas veces tenía motivos para llorar mientras que a mí me sobraban.

—Mamá, ¿recuerdas lo chillona que era Laura cada vez que la bañabas?

Me sorprendió cuando dijo que adrede me lo echaba y el placer al verme con los ojos enrojecidos. Un sentimiento de rabia e impotencia me atrapó,

sin embargo, la levanté del inodoro con el mismo cuidado y la regresé a su cama. No tengo hijos, pero supongo que a todos se les quiere por igual. Quizá mi mala suerte no era eso y mis desventuras eran provocadas por su perversidad.

Mi gemela acostumbraba a hablarme por las noches para saber cómo había pasado la jornada nuestra madre; su familia la tenía absorta y por eso no iba a verla. Los compromisos sociales de su marido, empresario exitoso digno de ella, y de sus hijos adolescentes a quienes llevaba a la escuela, al karate y al *ballet*, además de dirigir un séquito de servidumbre, la tenían agobiada. Aura cumplía con pagarle la enfermera a doña Aura, la diferencia conmigo es que yo no contaba con el dinero para solventar el costo de otro turno. Desde las ocho de la mañana llegaba para prepararle todas sus comidas, bañarla, administrarle sus medicamentos y ser depositaria de los sentimientos de la mujer que me parió y nunca me quiso.

A ratos la dejaba hablando sola y recorría la casa: el cuarto de cada una de nosotras, el jardín trasero con el centenario árbol de mango, la salita de música con paredes de madera donde papá solía escuchar a Elvis Presley, a Los Platters... ooonlyyy yuuu... Cada rincón estaba impregnado de recuerdos buenos y malos. Apenas advertí que el cuarto de Aura es más grande que el mío y tiene clóset, lo cual le permitía tenerlo arreglado, motivo frecuente de mis castigos al no mantener el mismo orden. Mi periplo culminaba en la cocina preparando la dieta recetada por el doctor: baja en grasa y sal, abundante verdura.

Cada vez me resultaba más difícil levantarme temprano e ir a atender a mi madre y escuchar el nombre de mi hermana en vez del mío. Deseaba tener los recursos para pagar a alguien que lo hicie-

ra, pero mis ingresos no eran fijos.

En pocas semanas conoceríamos su estado. Era probable que al quitar el vendaje siguiera necesitando ayuda, en tal caso tendría que solicitar licencia indefinida en el bufete. La sola idea me avasallaba.

La rutina hubiera sido benévola de no enterarme de sus patrañas. Un día me dijo:

—¿Te acuerdas de Fernandito, el niño que jugaba contigo en el parque? — yo apenas recordaba sus lentes y el pelo negro y crespo del regordete—. Pues tuvo una hermanita mongolita y un día me contó su mamá que la niña se ahogó en la bañera. En aquel tiempo las señoras comentamos que ella seguramente la dejó sola para que la muerte se la llevara.

Sin titubear deduje que eso mismo hubiera deseado hacer conmigo. Quise adentrarme en su mente; le pregunté si consideraba justificado hacer eso con un hijo enfermo, tomando en cuenta que ella se reconocía como una verdadera católica y no de esas que van a misa los domingos y de lunes a sábado las invade el «efecto Lucifer». La ambigüedad de su respuesta me orilló a pensar que sería capaz «por el bien de la familia».

Enajenada, tratando de recordar a la mamá de Fernandito, aquel día olvidé administrarle los medicamentos a la hora precisa. Mientras le llevaba el consomé a la boca, me horrorizó la vulnerabilidad de los niños ante sus padres: así como te dan la vida, te la pueden quitar sin uno poder defenderse. En más de una ocasión me sacó de mis pensamientos cuando levantaba la voz porque le mojaba la bata con el caldo. Mi silencio la preocupó: «¿tienes problemas con tu marido? estás muy callada», dijo convencida de ser conocedora de los conflictos de pareja, los cuales eran constantes con papá por los extremos cambios de humor de ella.

No veía el fin del martirio. Mis vacaciones arruinadas y con el riesgo de prolongarse sin sueldo, sin

alternativa de huir o deslindar en alguien la losa que cargaba a cuestas. ¿Y si en lugar de que la mamá de Fernandito se deshiciera de su hija, la hija se deshiciera de su mamá? La idea iba y venía, rondaba y se agazapaba... se olvidaba.

Corrían los días, se aproximaba el plazo para conocer el rumbo de mi destino. El trasplante de córneas le devolvería la vista o no a mi madre, ¿y si no? Aura estaba en condiciones de seguir pagando a la enfermera, pero yo no tenía la disponibilidad para atenderla indefinidamente. Mis malos modos fueron resentidos, el agua del baño demasiado caliente, la comida salada, escueta conversación, heladez por el aire acondicionado, la música estridente. La mamá de Fernandito, la hermanita de Fernandito, Fernandito...

Una mañana llegué a la casa de mi infancia como siempre, me invadía una felicidad inexplicable, ella misma lo percibió.

—Mi yerno con seguridad te trató con cariño anoche, es evidente — dijo maliciosa.

—Así es, mamá — respondí dándole por su lado.

Puse en el reproductor a Elvis; ambas recordamos a papá. El árbol de mango daba sus primeros frutos, el cielo de intenso azul resplandeciente, la primavera revoloteando en las coloridas alas de las aves.

A las doce del mediodía el agua de mango, la favorita de mi madre, estaba lista. Agradeció a la naturaleza su generosidad. Recostada en su mullido colchón, antes de ingerir sus alimentos, elevó una oración «por el pan nuestro de cada día».

A la señora Aura le di de comer y beber y beber y beber... Mojando la bata, las almohadas, las sábanas, la cama... Llenándole la boca, la garganta, la nariz, los pulmones, del dulce néctar amarillo hasta ahogar su respiración.



El equilibrio natural

Martin Valverde

En el cenit del siglo XXI los seres humanos estaban en el pináculo de su éxito evolutivo. Habían logrado dominar a la naturaleza, sometiendo cada uno de los ecosistemas a sus necesidades. La tierra, el mar, el aire, las plantas y los animales les proveían de todo lo que necesitaban. Sí, quizá existieran algunos excesos, pero eso en realidad no importaba. El ser humano vivía feliz extrayendo de la madre tierra más de lo que de ella requería.

Pero un buen día, la naturaleza se hartó de la prepotencia de los hombres y dio permiso para que los otros seres de la creación hicieran lo necesario para defenderse. Así fue como los animales, cansados de tener que lidiar con la arrogancia de los humanos, decidieron simplemente desaparecer. Nadie supo ni cómo ni a dónde se fueron, el caso es que de un día para otro, ya no estaban ni en los bosques, ni en las selvas, ni en los mares, ni en los ríos ni en las planicies. Ni siquiera en las granjas o

en los jardines de las casas. No quedó ni un sólo animal en la tierra.

Al principio, esta misteriosa desaparición fue un gran *shock* para todas las personas, pero a la práctica no trascendió mucho pues el hombre, con su genial inventiva y capacidad de adaptación, buscó soluciones eficaces. Y dio con la sencilla solución de sustituir los productos animales por productos similares de origen vegetal o sintético. El hombre había pasado por muchas crisis para sucumbir a ésta, además, en un planeta sin animales, había mucho más espacio libre para los humanos, puesto que las áreas protegidas y sin fin de reservas ecológicas dejaron de tener sentido. De hecho, el negocio de la construcción y la industria creció enormemente: cientos de chalés y hoteles se levantaron en muy poco tiempo sobre playas donde antes las tortugas ponían sus huevos; las ciudades se expandieron sobre valles y llanuras en las que solían correr antílopes; la minería comenzó a excavar en los cerros que pertenecían a las reservas de gorilas; y se multiplicó la demanda de productos agrícolas, sobre todo de soja. Y así, en general, la economía creció en cifras sorprendentes y

junto con eso, el bienestar de la población. En medio de esta nueva prosperidad, nadie pudo vislumbrar los problemas que vendrían a continuación.

Todo empezó un día de San Valentín después a la desaparición de los animales, cuando no hubo una sola flor de venta en las florerías ni tiendas departamentales. Cientos de miles de amantes indignados empezaron a reclamarle a las pobres dependientas de las tiendas, pero ellas no podían hacer nada pues no habían tenido aprovisionamiento de las empresas florales. Fueron entonces con los invernaderos pero tampoco pudieron resolver el problema porque no habían germinado nuevas flores desde que las abejas se habían esfumado. ¿De quién era la culpa entonces? Compradores, vendedores y trabajadores de la industria floricultora se fueron a manifestar delante de las oficinas de gobierno. A ellos se les unieron granjeros, hacendados, recolectores, pescadores, trabajadores de la industria textil, de la pesca, hombres que extrañaban el verdadero sabor de la carne, mujeres hartas de la miel de maple, viejas que añoraban a sus gatos, niños que querían un perrito y antiguos miembros de PETA, ahora desempleados. Todos exigían el regreso de los animales de los cuales dependían sus trabajos o la elaboración de sus productos favoritos.

El presidente salió a su encuentro e intentó explicarles que no había nada que él pudiera hacer, pero debido a la escalada de inconformidad entre la multitud, y ante el riesgo de un estallido social, el hombre responsable del bienestar del país prometió reunir a un comité de expertos para encontrar una solución a este problema. Dicho comité estaba formado por científicos de todas las ramas del saber: biólogos, químicos, ingenieros, físicos, intelectuales, filósofos y hasta un cura, un rabino y un imán, no fuera que la desaparición de los animales fuera cosa

divina.

Durante meses este grupo de expertos buscó explicaciones, debatieron ideas e intentaron dar con una solución sin ningún resultado. Pensando que los animales estaban escondidos en algún lugar, se organizaron expediciones a todos los rincones del mundo para buscarlos, pero éstos no estaban por ningún lado. Por eso se les ocurrió la idea de intentar clonarlos, pero hasta las muestras de ADN celosamente guardadas en los laboratorios habían desaparecido. No quedaba nada. A la sociedad se le empezó a agotar la paciencia y más cuando se supo que por la falta de animales, los ecosistemas del planeta estaban vueltos locos. Las plantas que daban flores se secaban, incapaces de reproducirse. En cambio, los helechos, musgos y toda clase de hierbas invadían hasta las grandes ciudades puesto que ya no les quedaba competencia alguna. Pero lo peor sin duda fue la fetidez que se apoderó del aire pues todo aquello que moría, vegetal o ser humano, tenía que ser cremado porque no había ni bichos ni bacterias para comerse la putrefacción, amén del problema con los desechos fecales. Y por si esto no fuera suficiente, el desequilibrio ecológico trajo por consecuencia un cambio climático que causó inundaciones en lugares tradicionalmente secos, sequías donde antes hubo mucha agua, ventiscas de nieve en las zonas tropicales y el derretimiento del hielo en los polos.

Ante semejante cataclismo, el grupo de expertos dio con una solución desesperada: si los animales no estaban para hacer su trabajo, alguien más tendría que hacerlo. Se realizaron pruebas primero con robots y nanobots, pero éstos se oxidaban, se estropeaban y rompían por los embates de la naturaleza. Y como repararlos, o hacer nuevas unidades, salía más caro que el beneficio que se obtenía de su trabajo, se terminó por desestimar su uso. Por tanto, la

EL EQUILIBRIO NATURAL



única opción que quedó fue que los propios humanos hicieran el trabajo de los animales.

No hace falta decir que no hubo ningún voluntario. A nadie le gustó la idea de dejar la comodidad de su hogar y la vida en la ciudad, por eso el presidente se vio obligado a dictar por ley que estos trabajos fueran forzosos, similar al servicio militar. El decreto establecía que una persona de cada familia se vería obligada a tomar el rol de un animal y trabajar de forma ardua para recuperar el equilibrio en el ecosistema. Así surgieron grupos para sustituir a las abejas y abejorros y polinizar las flores. A algunos les tocó ser ardillas o mapaches y enterrar bellotas para reforestar los bosques. Otros entraron en el grupo de cabras, venados o bueyes para erradicar la sobrepoblación de helechos, musgo y demás hiervas. Y a los más desafortunados les tocó ser escarabajos del estiércol, pero de esos mejor no hablemos.

Sin embargo, había muchas necesidades poco productivas que antes realizaban los animales y que el gobierno no quiso cubrir. Viendo su oportunidad, la iniciativa privada no se quedó atrás y empezó a contratar personas para que hicieran de animales domésticos para aquellos nostálgicos que extrañaban a su gato, perro, canario, hurón, serpiente, cerdo pigmeo, iguana, poni o mascota de su particular interés. A otros los contrataron para que fueran animales más exóticos como lobos, coyotes, jaguares o quetzales y que trabajaran en circos o zoológicos. Esto último dio trabajo otra vez a PETA, que organizó protestas constantes para su liberación, muchas veces con éxito. Los únicos que se quedaron con las ganas de ver cumplidos sus deseos fueron los amantes de la carne, por razones obvias.

Este arreglo tan extraño funcionó sorprendentemente bien; «demasiado bien» dirían algunos, y ese fue el problema: por pasar tanto tiempo en medio de la naturaleza haciendo las labores de los

animales, cada una de las personas, en su respectivo rol, comenzó a razonar y actuar de forma salvaje, hasta que terminó por creerse que en realidad eran el animal al que suplantaba. Aquello se hubiera quedado como un trastorno psicológico más, como muchos que afligen la psique humana, si los afectados no hubieran comenzado a atacar al resto de la gente. Así, las personas disfrazadas de abeja que polinizaban flores y hacían miel, empezaron a picar a la gente que se les acercaban demasiado; los que se disfrazaron de ardilla o mapache entraban en las casas de las personas a buscar comida; y hasta los que se disfrazaron de cabras, venados o bueyes atacaban a las personas cuando entraban en su territorio. Y de los que se caracterizaron de escarabajos del estiércol mejor sigamos sin hablar.

El caso es que estas personas disfrazadas, a diferencia de los animales a quienes reemplazaron, eran tan listos como los humanos que querían explotarlos, pero sin las inhibiciones implícitas que conlleva vivir en sociedad. Su éxito fue la mezcla de una inteligencia superior propiamente humana con un instinto salvaje recién redescubierto. Esto dio lugar a que se supieran organizar contra la sociedad urbana que se convirtió en su enemiga. Contra ellos nada pudieron hacer ni la policía, ni la marina, ni el ejército, pues los humanos-animales eran capaces de utilizar armas y de crear estrategias inquebrantables. Vamos, que ni los changos del planeta de los simios lo hicieron tan bien como ellos. El hambre, el miedo y la desesperanza azotó a la sociedad civilizada. A los supervivientes no les quedó de otra sino disfrazarse ellos mismos y engrosar las filas los nuevos salvajes. Fue así como poco a poco las villas, pueblos y ciudades se quedaron vacías, llevando a la civilización humana al borde de su desaparición.

Y digo casi porque fue justo en ese momento, cuando parecía que todos los humanos disfrazados de animales volverían a vivir según las leyes de la

naturaleza, que los verdaderos animales regresaron, tan de repente como se habían ido. De nuevo los cielos se llenaron de aves, las aguas de peces y anfibios, y la tierra de reptiles y mamíferos. Otra vez zumbaron las abejas alrededor de las flores, las ardiillas treparon por los árboles para cortar bellotas y los pandas volvieron a comer bambú plácidamente. Por supuesto también retornaron los escarabajos del estiércol, para seguir rodando bolas de... bueno, ya saben de qué.

Al ver regresar a los animales, las personas recuperaron la cordura. Avergonzados, retornaron entonces a sus casas, a levantar de nuevo sus ciudades y reconstruir su frágil sociedad civilizada. A manera de expiación, se encendió una gran hoguera con los disfraces de animales, sucios y rotos de tanto uso, símbolos de tan aberrante episodio. Y, mientras las llamas de la hoguera ardían con fuerza consumiendo las pruebas de su humillación, se juró nunca jamás volver mencionar este hecho que fue borrado para siempre de los anaqueles de la historia. Para impedir que algo así volviera a ocurrirles otra vez en el futuro, el gobierno dictó leyes para prohibir la sobreexplotación de la naturaleza y reglas para una pacífica convivencia con los animales. Nadie volvería a darles una razón para desaparecer otra vez. No, señor, éste era el momento de una restauración moral y espiritual, el nacimiento de una humanidad nueva.... Curioso, quizás ése había sido el plan de la naturaleza desde el principio.

Minificciones

Ruth Levy

¿Cómo lo supo?

—¿Por qué dices que no puedo ir?

—Porque todavía no creces lo suficiente como para advertir los peligros que debes evitar.

—Yo me sé defender. Y ya me cansé de que siempre me estés vigilando. A ver ¿con qué derecho me dices lo que haga, y lo que no debo hacer?

—Es mi preocupación y mi derecho porque soy... yo soy... yo soy... tu madre...

—Mi... ¿qué? Y, eso ¿qué es? — preguntó el joven Caín.

Casi todo

Con un simple polvo blanco alcanzó todo: chicas doradas, noches escarlata, amistades azules, pensamientos verdes, viajes irisados, música plateada, comida transparente, y un ataúd gris.

La sonrisa de la Gioconda

Leonardo es el mejor pintor. Quiero que éste sea el más famoso de los retratos. Que me pinte mientras pienso que mi sonrisa no será un enigma sólo para los florentinos, sino para todo el mundo.

Llegarán a padecer una giocondolatría.

Espejismo

Desarrolló su imaginación para crear manjares diversos y saciarse.

Como se le hacía agua la boca en el ensueño, engulló su fantasía.

La inanición sonrió.

Descripciones**Lápiz**

Grafito + madera = maravillas literarias.

Vela

Cera + pabilo = noche mágica

Boca

Cavidad oral, la primera parte del tracto gastrointestinal. **Canal entre la faringe y el exterior del cuerpo...**

También la conforman los labios + sonrisa = beso.

Ventana

Un **vano**, o hueco, que se abre en un muro para proporcionar luz y ventilación a la estancia correspondiente; de acero, de madera, de aluminio o de PVC. Rectangular, cuadrada, ovalada, o redonda. Proporciona, o aísla, luz y ventilación...

Tras ella, se ofrece un universo.

Intertextos; y, a veces, con finales felices**IV**

El amante despechado escribió una recomendación a Saint-Exupéry: que se traiga al cordero para que arranque y devore esa rosa cruel.

V

Por primera vez, Mefistófeles reflexionó...
Lanzó a Fausto en el Averno.

VII

Fue a Comala en busca de su padre. No lo encontró.
Regresó, y no solo... llevaba a Susana.

VIII

Supermán se alió a los mormones.
No necesitó decidir si Luisa, Lana, Loris, Luma, Lyla, o Lyrica y, como postre, a la Mujer Maravilla.

X

El presente ya osó profanar con su planta nuestro suelo...

Dobletes literarios

Anacleto Morones ¿quiso competir contra Sade?
El minotauro busca *El laberinto de la soledad*.
Úrsula Buendía no concuerda con Marcel Proust.
El de Canterville sí descansó en paz; y, ¿los *Fantasmas aztecas*?
Después de *Mil y una noches* sí despertó el dinosaurio.
Don Alonso Quijano intenta salvar a *Ana Karenina*.
El juego de la lógica reta a *Rayuela*.
El ruido y la furia se detuvieron *Antes del silencio*.
La noche de Tlatelolco se compadece de Ayotzinapa.

COLOQUE
ESTAMPILLA



PERIPLOS
ENSAYO
LITERARIOS

De memoria y espacio y los espacios de la memoria

Mario Martín

Estos recuerdos en espejo es un esfuerzo de fijar las dos imágenes, la del padre Jorge Cerda en una sola voz, la de Martha que se des/autor/iza para ser su hija y su memoria, y en medio Guadalajara aún nuestra: «Antes de que agonices». Efectivamente, Martha decide no abordar su formación de autora, (excepto en el capítulo IX), para dar mejores ocasiones a las interlocuciones, las invocaciones, los diálogos fracturados con el padre, que son un entrañable y doloroso choque de palabras a destiempo, como pedernales que abren a chispazos ambas vidas coincidentes y paralelas. Martha descubriendo espacios y creciendo hacia dentro, el padre comprometido en la aventura de domeñar los espacios públicos.

Estas memorias son una negociación y un disenso entre el espacio público y los ámbitos de lo privado. De las calles, las plazas, los almacenes, las instituciones, los camiones centro colonias, los *Buik*, los Mercedes y otras formas de transitar la modernización de una Guadalajara que marchaba como «Bandera de provincia» a la metrópoli globalizada. La apertura de cada capítulo con las efemérides mundiales, nacionales y locales confronta al desarrollismo más vertiginoso de postguerra con un México que compró esperanzas para lo global y aún iba en el cabús de lo local.

Mientras agonizas también es el otro espacio, el *Oikos*, el doméstico, las mudanzas de una casa otra en busca del cuarto propio, que exigía Virginia Woolf, es la escritura que es el no lugar, la página.

Finalmente, convertida la casa en escritura en 1988, la escuela de escritores de Guadalajara, la resi-



dencia en la palabra y al servicio de ella para otros, bajo el mecenazgo de Jorge Cerda. El compromiso público de escribir y el oficio de servir a la cultura le ha tomado a Martha Cerda más de la mitad de su vida, pero en estos recuerdos se privilegia su viaje íntimo tras una Guadalajara y un padre casi inasibles.

La ciudad por momentos se convierte en un gineceo, una *Guadala-her-a*, es la herstory tapatía, la intrahistoria de una ciudad inequívocamente femenina, desde la perspectiva de la voz narradora. Es el recorrido, las formas de transitar por la ciudad desde los signos y las señales de tránsito femeninas: El tapanco del almacén, la primera menstruación, la casa de la abuela y sus rituales, de trabajo y

ocio, los pasajes de infancia, adolescencia, juventud y madurez, las tinas de baño de lámina, las piletas hasta la piscina en el corazón de su barranca, son los muebles del primer recuerdo y el contacto con el cuerpo, los uniformes escolares, los atuendos de fiesta, los juegos, las bicicletas, la sororidad de la Vera Cruz, los atuendos de la madre y de la narradora. Madre e hija enfrentadas a los rituales de acceso o exclusión social. Tanto en las academias de piano, de baile, en las funciones sociales de conciertos Guadalajara en el Teatro Degollado, así como las tertulias en la Casa Loyola. Estas búsquedas y desencuentros son el lenguaje para abrazar una identidad fugaz, en territorio, normas, estudios y fiestas de guardar. Son los signos del tiempo como advierte Borges: «Todo lenguaje es un alfabeto de símbolos cuyo ejercicio presupone un pasado que los interlocutores comparten; ¿cómo transmitir a los otros el infinito Aleph, que mi temerosa memoria apenas abarca?».

Nos ofreces un Aleph, un pasado que los lectores reconocemos, interpretamos, desde nuestro propio sótano, Un espejo ajeno en que rescatamos nuestra identidad descuidada, o extraviada en el olvido.

Estoy en total desacuerdo con Nietzsche cuando sentencia que: «La buena memoria es a veces un obstáculo al buen pensamiento». Yo creo que si ese fuera el caso, tendríamos autobiografías unívocas, de un solo discurso y no estas afortunadas experiencias fragmentarias, germinales, interrumpidas, inconclusas, y en todo sugerentes, en todo intuitivas, en todo fisuradas, plenas de resquebrajaduras por donde asoma la imaginación, el misterio, el acaso, el asombro, lo irracional, es decir lo literario, los significados equívocos no los unívocos, y no, nunca el pensamiento silojístico, consecuente y aburrido hasta la mala güeva de la aridez, hasta la abulia del

desencanto estético.

Las memorias que brindas son como salidas del bolso de la señora Rodríguez, un multiverso arrebatado por la urgencia de decirlo, de nombrarlo para conjurarlo, para que deje de no existir y sea. ¡En buenahora! Los saltos, giros, retornos y las distracciones y anticipos que le dan velocidad y veracidad al texto. *Mientras agonizas* son diez capítulos que no se contienen en sí mismos, se desbordan, se transmiten, a propósito del álbum de fotos, a pesar de ellas o por su ausencia.

El monólogo frente al padre se interrumpe para dejarlo de testigo de ceremonias vitales y escenas en las que no estuvo y en otras en las que fue presencia clara o protagónica.

El padre sabe esperar su turno para sorprenderse a sí mismo en el fluir vertiginoso de sus cien años obstinado en no despeñarse del toro mecánico del progreso.

Y en su compromiso con María Isabel y con la familia como una empresa ardua y de ganancias seguras. El padre era el garante de una infancia a una madurez sin tregua, sin trauma, por eso el homenaje a sus presencias, a sus distancias a las itinerancias de su mano a Nueva York, a la Ciudad de México, a Europa, a la Bahía de la Audiencia, y a su deseo de un aislamiento de treintaisiete años en la casa de al lado. La paternidad ha sido un tema poco frecuente en la literatura, menos aún en estas décadas en que todo lo que intente acercamientos a entender o recuperar la imagen paterna, corre el filoso riesgo de que se interprete como una apología del patriarcado falocentrista y represor. Se advierte en estas memorias el deseo fallido y el dolor disimulado de que no todo cabe en un retrato o en un ¿te acuerdas?, sin embargo, hay que intentarlo una y otra vez como Sísifo, no digamos esa roca enorme, aquí en el mundo sin héroes se trata de un ladrillo,

es lo único que nos queda de la casa y eso es algo: J. P. Richter sentencia que: “El recuerdo es el único paraíso del cual no podemos ser expulsados”. Antes que la agonía arranque a tu padre le ofreces el paraíso de lo bien vivido, como evidencia de que fueron Él, tu madre y tú, los de entonces, en la Guadalajara de las querencias, la de entonces. Lo vivido y el amor pueden sobrevivir a cualquier ataque menos al abandono y a la indiferencia. Por eso este texto es un atrevido ejercicio amoroso a la paternidad, porque sólo el amor infunde atrevimiento. Una presencia igualmente protagónica es María Isabel, emancipada del mandil y la bata materna, entregada a sí misma como mujer fuera del cardumen de su sociedad y de su tiempo, a quien ya se ha dedicado *Toda una vida* y que aquí tiene instantáneas destellantes, y su propio «Mientras agonizas» (Capítulo VIII, Hospital Bernardette), que consigue ser el segmento de las memorias más tenso y estrujante, que queda resonando en las tres elegías en su honor.

Estas memorias «en las agonías» podrían llamarse «a la hora de la hora» porque es el momento de la verdad. Advierte Gerardo Diego: «A la hora de la verdad, que es la de buscarse a sí mismo en lo objetivo, uno olvida todo y se dispone a no ser fiel más que a su propia sinceridad». Considero que estos son dos valores de *Mientras agonizas*, la objetividad, que no se distrae en buscar efectos dramáticos, ni deslumbramientos líricos, sino una rendición de cuentas, de cuántos, pero no una rendición de cuentos. Si con una mano empuña la objetividad, con la otra la sinceridad, lo demás lo hace la emergencia de decirlo antes que..., y el oficio de escribirlo.

Gaston Bachelard discurre sobre una poética del espacio en que la persecución de un tiempo perdido es la busca de un espacio también extraviado, el de estas memorias se acomoda en tiempo en efemérides, en capítulos, sólo como marco para

el tiempo-espacio desperdigado, amnésico, a punto de ser impropio, ajeno a sí mismo. La Guadalajara que brinda Martha Cerda no es una cartografía de épocas, un mero recorrido espacial, monumental, memorial, museográfico, sino poblado de personas en su propia anécdota germinal, en su viñeta concentrada, en su instantánea inconclusa, con sus nombres propios, su santo y seña para que no sea un *in memoriam*, sino lo mínimo memorable posible.

Al leer *Mientras agonizas* nos asalta la evidencia de que algunas cosas se hacen tan nuestras que las olvidamos, como la cultura popular tapatía que parecía fluir sola, pero iba con nosotros dentro. Martha, rescatas para todos lo suyo, para que cada quien al leer haga otro tanto con lo propio, lo inalienable, lo que nadie puede robar sino el olvido.

Todos tenemos una sola historia originalísima y escribir es contarla innumerables veces en formas infinitas, ha revelado Borges. Escribir memorias es más que en otro género, es nuestra obligación con lo insustituible.

No estoy de acuerdo con García Márquez cuando afirma que «La buena memoria no es la que recuerda todo, sino la que está programada para olvidar sólo lo trivial».

Yo considero que no hay mala ni buena memoria, lo trivial es una apariencia que pide permanencia, lo memorable se elige por su origen o por su forma de circular. La memoria nos da a veces lo que nunca pensamos pedir. No toda distancia es ausencia, ni todo silencio es olvido.

Martha, tu padre hizo cosas dignas de escribirse y Martha Cerda cosas dignas de leerse, un espejo ajeno para mirar lo íntimo propio. Si no lo escribes, en una generación nadie se acuerda, si queda bien escrito, nadie lo olvida.

Ahora si voy con Nietzsche cuando propone que: «La ventaja de tener mala memoria es que se goza



muchas veces de las mismas cosas». Me convenzo de que la literatura es un ejercicio para desmemoriados, para desplazados de las leyes de la lógica, del espacio propio, es decir, como afirma Juan García Ponce, es «Una errancia sin fin» en busca de sentidos, de discontinuidades, de contrasentidos, de extravíos y hallazgos casi siempre inútiles para vivir, pero por eso más gozosos.

Martha nos lleva en una itinerancia por una Guadalajara que estaba y quizá ahí está como la plaza de Armas, el Hotel Francés, el colegio de la Vera Cruz, la Plaza Tapatía, Jardines del Bosque, Fábricas de Francia... y otra que no acaba de irse aunque no se vea: La casa Colorada, Firulais, Casa Cerda, el abuelo Berna, La Casa del Hortelano, los supermercados Hemuda y Maxi y las patinadas en Chapultepec/Lafayette.

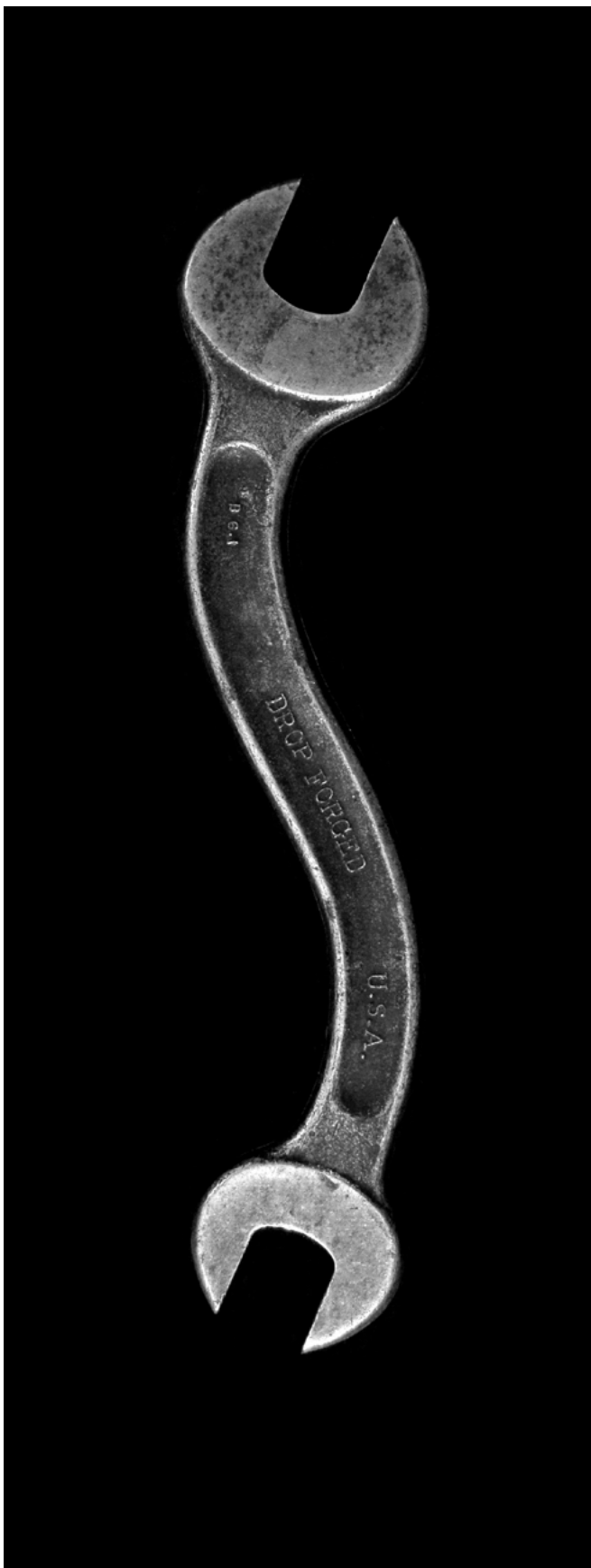
Me gusta repetir que No toda distancia es ausencia, ni todo silencio es olvido, aunque lleguemos a un punto que nos puede el viento, en ese aire de respirar traemos a Ernesto Flores y Carmen junto con las largas enfermedades de nuestros padres que se hicieron suspiros, adviene Fernando del Paso tras

los ventarrones de la historia, traemos entre nuestra voces, que son aire, a Elena Garro y los recuerdos de lo que está por venir y todos los demás huéspedes que Martha trajo a nuestro cuarto propio, a esta escuela de agonizar que es la escritura.

Te agradecemos Martha esta Guadalajara siempre al filo de la tormenta o en el tornado de la violencia misma de *Y apenas era miércoles*, esta tierra mojada fértil para el desarrollo y crecimiento sin orden de tus memorias, Aquí espera aquella otra Guadalajara al filo del agua, del agua de olvido.

Contigo, de eso me acuerdo, Martha, ¿sabes? de eso me acuerdo. De que se trataba de mucho más para todos, de eso me acuerdo.

(Presentación de *Mientras agonizas* de Martha Cerda en la Feria del Libro de San Miguel Allende, 12 de febrero de 2021).



¿Qué fue primero, las mexicanadas o los todólogos?

Elsa Levy

Los mexicanos somos reconocidos alrededor del mundo por ser personas con ingenio, siempre logrando soluciones rápidas para cualquier situación. De este ingenio y de tantas cosas insólitas que los mexicanos hacemos, ha surgido el término «Mexicanada». Todos hemos hecho alguna, están por doquier y van desde lo más simple como usar un bote de pintura como banco para sentarse, hasta cosas más sofisticadas: sujetar diversos objetos con goma de mascar; usar una media de nailon como sustituto de una banda de un VW; tapar una fuga de una pelota con clara de huevo, o la de un radiador con un trozo de jabón. Por lo general son soluciones temporales que algunas veces terminan siendo definitivas.

Nunca he olvidado las gafas de mi abuelo que usó hasta su muerte: alfileres de cabecita en el sitio de los pequeños tornillos de las bisagras que sostienen las patillas, cinta aislante de color negro para pegar el arco roto, trocitos de hule espuma sustituyendo a las plaquetas que detienen las gafas sobre la cúspide de la nariz; en fin, todo un poema de creatividad.

Uno de los lugares en donde más mexicanadas podemos encontrar es en los talleres mecánicos de barrio: ¿Qué les parece tapar con un trapo rojo un hoyo en el fanal del faro trasero de un automóvil? O tal vez usar un gancho de ropa como antena del radio, y este mismo gancho para quitar el seguro de una puerta cuando las llaves quedaron dentro; también usar grapas para sostener la tela que se está



soltando del techo, o por qué no, usar un palo de escoba para sostener el cofre descompuesto.

Y no nos vayamos lejos, cuántas veces en nuestra propia casa no hemos sustituido un fusible fundido por un trocito de alambre o una porción de papel metálico; o bien, cuando se nos descose la bastilla de la falda y necesitamos salir, corremos a sostenerla con las imprescindibles grapas. En fin, sería muy largo enumerar las mexicanadas que improvisamos y utilizamos día a día.

Tiene que existir el mal para que exista el bien y poderlo comparar: lo frío para comparar el calor, lo feo para comparar lo hermoso. ¿A dónde me llevan estas alusiones? A reflexionar en las costumbres de nuestro país vecino: es más económico comprar un vestido, un juguete, un aparato eléctrico o una parte del automóvil, que llevarlas a reparar; la mayoría de los insumos allá, es para «usar y tirar», porque la mano de obra es demasiado costosa. Nuestros vecinos son el frío, México es el calor, porque aquí se busca la resolución ingeniosa del problema con recursos improvisados, para que duren más los enseres, para no gastar el dinero que no se tiene, es por eso que existen en nuestro país «los todólogos».

Si «logo» es un sufijo del nombre de la persona que cultiva una ciencia, entonces yo deduzco que

todólogo significa conocimiento y práctica de todo. Y lo más especial es que el todólogo mexicano es autodidacto.

¿Qué ha hecho, pues, que los mexicanos sean especialistas en todo y titulados en nada? Si filosofamos un poco diremos como lo menciona Octavio Paz en *El laberinto de la soledad*: «el carácter de los mexicanos en un producto de las circunstancias sociales imperantes en nuestro país; la historia de México que es la historia de esas circunstancias, contiene la respuesta a todas las preguntas». Porque si en México existen, en la actualidad, de la población económicamente activa, 1 786 000.00 personas sin empleo, o muy mal remunerados, qué más pueden hacer estos desempleados que ofrecerse a ser un, o una «Milusos» (sinónimo de todólogo), porque no sólo el hombre es el que ejerce esta dignísima profesión, también la mujer; tomemos como ejemplo un fragmento de la canción popular *Mi suegra*. «Sabe mecánica, sabe herrería, levanta pesas, le gusta el box, es comunista, es espiritista, es media bruja, y le gusta el rock». O los invito a que revise-
mos algunos anuncios de ocasión en los periódicos:

Sé pintar, manejo bien la computación, sé coser en máquinas industriales, de recta over dos agujas, de

poste todo tipo de ropa, sé de vitalizado de llantas y sus procesos, conozco de ISO 9001-2000, aprendo rápido cualquier oficio, tengo muchas ganas de trabajar y superarme. Trabajo de lo que sea, hasta de niñera.

Ya no se complique la vida contratando o buscando quién le repare esto o el otro, o quién le arregle el jardín, o quien la o lo lleve al súper u oficina. Conmigo tiene todo, también sé hacer trabajos de refrigeración y reparación de electrodomésticos. En fin, sé hacer de todo gracias a Dios. Póngame a prueba, no se arrepentirá.

Ofrezco mis servicios de mil usos, manejo auto, moto, te enseño a manejar, no llegó tu baterista yo lo suplo, no llegó tu chofer, tu mensajero, tu jardinero, tu lava vidrios, etc. Yo lo suplo. No quieres meterte en broncas de que tu auto no pase la verificación, yo te lo paso, no sabes dónde componer tu auto y estás cansado (a) de llevarlo a la agencia y te cobren los miles de pesos, yo te soluciono el problema, 100 % confiable. Llama ya.

Hace unos años (1982) causó furor en todo el país la película *El Milusos*. El personaje, un pueblerino sencillo y amable llamado Tránsito, se empeña, a toda costa, en sobrevivir en la capital, haciendo lo que sea (boxeador, merolico, fichero, garnachero, masajista, tragafuego, limpia coches, limpia botas). Lo que ha dejado atrás: la tierra y la familia, no le dejan otra opción que la de no morir de hambre. La buena fe del Milusos le hará confiar en todo lo que le ofrecen, aunque esto no sea más que la explotación sin límites. Aprendiz de todo y bueno para nada, Tránsito transitará su viacrucis hasta que al final, otro campesino, vaso de pulque de por medio, le repita por enésima vez lo que desde el principio todos, hasta el espectador, le han hecho ver: que

Ciudad de México ya no es lugar para habitar.

¿Por qué este éxito de taquilla? Porque muchos mexicanos se identificaron con el personaje, así también como las llamadas «Marías», indígenas que van a la capital a probar fortuna y venden chicles, o fruta, o flores, pululando por las calles, se identificaron con la India María, personaje fílmico que se hizo famoso por las aventuras que corrió la protagonista para conseguir los más extravagantes trabajos.

Después de releer lo que he escrito, una idea apareció de súbito en mi mente. Los gobernantes de nuestro país dicen que no les llevemos problemas sino soluciones, y yo presentaré una solución que ahorrará millones de pesos al país, y contribuirá a reducir al mínimo el índice de desempleos. Mi propuesta es para la Secretaría de Educación Pública: eliminar en todas las universidades las licenciaturas e ingenierías, y sustituirlas por una sola carrera: TODOLOGÍA. Sí, ya no habrá ingenieros, ni licenciados, sólo TODÓLOGOS. Ya no habrá costosos maestros y catedráticos impartiendo el sinfín de carreras especializadas, se contratará a los todólogos más avanzados para preparar a los nuevos, el gobierno dedicará sus esfuerzos a la agricultura, a la medicina, al deporte, a la ecología y a la cultura.

Es más, propongo que los todólogos formen un partido político, podría llamarse PTUN (Partido de Todólogos Unidos). Estoy segura de que serían tantos los agremiados que competiría con cualquier partido de esos a los que llaman líderes; que no estén tan tranquilos, ya que en un apartado de las predicciones de Nostradamus dice que un país de Norteamérica se convertirá en líder mundial cuando un TODÓLOGO asuma la presidencia.

En cuanto a la pregunta del título de mi ensayo, yo no tengo la respuesta, y, ¿usted?

Nada es demasiado maravilloso para ser cierto si obedece a las leyes de la naturaleza.

Michael Faraday



VOYAGER I

Il. Stephany Boehnlein

Es oficial, se ha ido para no volver

Jorge Luis González

Desde tiempos remotos hemos sido exploradores por naturaleza; somos inquietos y nos preocupa y ocupa lo que está más allá de nuestra línea de vista a modo de amenaza, intriga, curiosidad; es como si recorrer y conquistar la distancia estuviera en nuestra sangre, no importa lo que tome, adónde nos lleve, incluso si cobra vidas, como la propia.

La concepción de distancia, si bien ha cambiado a lo largo de la historia, hoy se ha hecho más evidente que nunca: se ha relativizado. Con múltiples dispositivos, entre ellos los celulares, se necesita un sólo clic y en segundos podemos comunicarnos con personas o entes informáticos en otras partes del planeta, a veces sin considerar que a quien llamamos pudiera estar dormido en medio de la madrugada. Puede tomar menos tiempo viajar de un continente a otro, que ir de una ciudad a otra, un pueblo o rancharía de varios cientos de kilómetros. No se diga trasladarse a través de un país y, lo que lleva en correspondencia, avanzar ciertos trayectos en ciudades densamente pobladas.

La mayor distancia recorrida tan sólo dos mil años atrás comprendía el *Mare Nostrum* de los europeos que, siglos antes, los fenicios transitaban con maestría; después adquirió dimensiones oceánicas con el viaje de Colón, cuyo

descubrimiento de América también se reclama para los vikingos; luego mundiales cuando Magallanes realizó su viaje épico donde únicamente su colega Elcano pudo regresar al sitio de origen; orbitales cuando el Spútnik recorrió el rostro sin fin del planeta desde el espacio exterior, hecho que dejó sorprendido al mundo y afligidos a los norteamericanos; espaciales cuando el hombre llegó a la Luna, lugar donde hemos estado más lejos de casa; y las naves espaciales Vikingo con las que, por primera vez de manera exitosa, descendimos sobre la superficie del planeta rojo. ¿Quién hubiese imaginado que los marcianos invasores fuésemos nosotros?

La discusión sobre la circunferencia de la Tierra trajo no pocas acaloradas disputas, entre ellas la de Colón que sostenía la posibilidad de llegar a las Indias recorriendo una distancia menor a la que conocemos tomando en cuenta más a Ptolomeo que a Copérnico. En tiempos recientes también mantuvo a sus sucesores, los científicos, en las mismas arengas, con un impacto menor pero con todo lo que la ciencia ofrece en determinar tan importante evento, que no resulta raro les haya tomado un año en establecer una resolución definitiva: la nave espacial Viajero I, en agosto de 2012, se fue para no volver.

Eso me hizo recordar a un profesor que solía dictar su clase yendo de un lado a otro, pero cuando el reloj marcaba la hora continuaba dictando fuera del aula; dictando y alejándose cada vez más hasta perderse en la lejanía, no era difícil saber por qué le llamaban el “jonrón”. Pues este jonrón, Viajero I, sí que se

ha ido perdiéndose también en la lejanía, pero se le sigue la pista gracias un complejo conjunto de oídos, de 34 y 70 metros, colocados en distintos lugares del orbe y que llaman Red de Espacio Profundo para percibir murmullos de su incansable voz, casi imperceptible, atenuada por la distancia, lo de un bulbo de refrigerador de 23 watts; y cuya llamada toma 18 horas contestar cuando a Marte es de diez minutos.

¿Cuánta dicha no ejerció en los corazones norteamericanos y de todo el mundo la huella del primer hombre en la Luna? ¿El sobresalto al paso del Spútnik que sin duda prendió mecha en la llamada Carrera Espacial? Pero para este joven de 39 años, poca prensa, poca calidez, poco ímpetu incendiario en las redes sociales.

Lleva viajando 20 billones de kilómetros, como seis veces la distancia de Neptuno al Sol, nos mostró las grandes bellezas que ahora conocemos de Júpiter, Saturno y sus numerosas lunas; pero nunca sabremos cuándo llegará a otro lugar, pues desde el 2020, de manera fríamente calculada para ahorrar lo más posible de su energía, comenzaron a apagarle sus dispositivos de medición para, en el 2025, decirle adiós de manera rotunda. No obstante, en esta historia de despedidas y no pocos tropiezos, no hay final triste, ya que ha viajado a donde ningún otro objeto creado por el hombre ha viajado jamás. Ha dejado la heliósfera, el lugar de influencia del Sol, y se ha adentrado en lo que llaman espacio interestelar; ese espacio que separa a las estrellas.

Su costo: 988 millones de dólares para esta nave y su gemela, que en comparación con

la reciente misión a Marte (*MSL/Curiosity*), cuyo costo asciende a unos 2,500 millones de dólares, representa casi una quinta parte; no muy diferente a otras de las grandes hazañas del hombre como el viaje de Colón, dicen que la reina de España gastó lo mismo que en un banquete real y, en retribución, algunos siglos de fortuna e imperio.

Hijo de ingenieros, Viajero I, en nada se parece a la monumental Entéprise del *Viaje a las Estrellas*, al Axioma de la animación *Wall-e*, a Galáctica o las más sencillas naves de combate de la Guerra de las Galaxias. No tiene ningún referente de rostro humano, nadie gritaría espantado; ¡un OVNI! si de pronto irrumpiera en el patio trasero de su casa; es más, es tan austero como ligero y funcional para escapar del nido de la Tierra y ser un ave interestelar. Vaya ironía de las creaciones de la vagancia humana, dice un eslogan de la IBM cuando refiere a las computadoras, siendo éste uno de sus portentos, en nada se parece a su creador.

Como en el pasado los navegantes solían guiarse por las estrellas, este modesto navegante, Viajero I, más cerca de ellas que los otros, también lo hace; y que, tal vez, para el tiempo en que toque bahía o algún paraje, ya no habrá humanidad. O, en cambio, si la saga de George Lucas se vuelve el mundo futuro, alguna que otra nave humana sin duda lo aventajará. Nunca lo sabremos, pero deseo pensar más en esto último que en lo anterior, tema de otro ensayo.

Ray Bradbury, un escritor visionario

Laura Hernández Muñoz

Ray Bradbury (Waukegan, Illinois, 22 de agosto de 1920-Los Ángeles, California, 5 de junio de 2012) fue un escritor estadounidense de misterio del género fantástico, terror y ciencia ficción. Principalmente conocido por su obra *Crónicas marcianas* (1950) y la novela distópica *Fahrenheit 451* (1953).

Dar una opinión rotunda sobre este autor se me hace temerario. Necesitaría leer la mayoría de sus libros para hacerme una idea total, pero es difícil por los variados temas que manejó en sus 38 obras. Al leer los comentarios que él hace sobre su vida, lo que más me ha gustado son sus inicios en la literatura; desde la infancia tuvo un amor desmesurado por la lectura y por visitar las Bibliotecas. Sus primeros escritos a los doce años, lo motivaron para seguir adelante en su incipiente carrera literaria, aunque, al salir de la secundaria, no pudo ir a la universidad por falta de dinero. Nunca obtuvo un título universitario, sin embargo, su cultura literaria era superior a la de muchos escritores con títulos de doctorado. A lo largo de su carrera Bradbury recibió premios como el Seiun, el Locus, el Word Fantasy Award, el Saturn, el Stoker, el Reino de Redonda o el Retro Hugo a la mejor novela de 1953 por *Fahrenheit 451*.

Su viaje a México, en 1945, lo asombró, visitó Pátzcuaro, Janitzio, Guanajuato; palpar el tema mágico de la muerte, inspiró a su imaginación para escribir varios libros sobre el tema.

Hay una anécdota acerca de cómo escribió mi novela favorita, *Fahrenheit 451*. Bradbury era relativamente pobre y no podía permitirse una oficina para escribir. Un mediodía, vagando por el campus



de la UCLA, le llegó el sonido de un tecleo, con alegría descubrió que en el sótano había una sala de mecanografía con máquinas de escribir de alquiler, donde por diez centavos la media hora, podía sentarse y crear. Cinco cuentos cortos, escritos durante un período de dos o tres años, hicieron que invirtiera nueve dólares y medio en monedas de diez centavos en alquilar una máquina y acabara la novela corta, *Fahrenheit 451* en sólo nueve días.

Mi encuentro con la novela *Fahrenheit 451*, de Ray Bradbury, fue en el primer año de universidad. Lo leí porque estaba de moda entre los compañeros de Filosofía y Letras. Desde la primera página me atrapó:



Constituía un placer especial ver las cosas consumidas, ver los objetos ennegrecidos y cambiados. Con la punta de bronce del soplete en sus puños, con aquella gigantesca serpiente escupiendo su petróleo venenoso sobre el mundo, la sangre le latía en la cabeza y sus manos eran las de un fantástico director tocando todas las sinfonías del fuego y de las llamas para destruir los guñapos y ruinas de la Historia.

El libro me fue interesando al seguir al protagonista Montag en su cotidiana vida de bombero, «censurador de conocimiento», como se llamaban a sí mismos, pero, al entrar en escena Clarisse, ya no pude dejar de leerlo, ella iluminó la escena.

Montag se vio en los ojos de ella, suspendido en dos brillantes gotas de agua, oscuro y diminuto, pero con

mucho detalle; las líneas alrededor de su boca, todo en su sitio, como si los ojos de la muchacha fuesen dos milagrosos pedacitos de ámbar violeta que pudiesen capturarlo y conservarlo intacto. El rostro de la joven, vuelto ahora hacia él, era un frágil cristal de leche con una luz suave y constante en su interior.

Me sorprendió Bradbury con su narrativa llena de poesía. Yo esperaba un libro de ciencia ficción tan de moda en los 70, y me encontré un libro humano advirtiendo proféticamente lo que estaba por venir en nuestra avanzada cultura de fines del siglo XX.

El episodio del intento de suicidio de la esposa de Montag, y la manera como dos operarios, con una máquina, le cambian la sangre como si fuera un automóvil al que le cambian el aceite, me hizo reflexionar sobre la frialdad con que, muchas veces, se trata a los pacientes.

—Ninguno de ustedes es médico. ¿Por qué no han enviado uno? Reclama Montag.

—¡Diablo! —El cigarrillo del operario se movió, en sus labios—. Tenemos nueve o diez casos como éste cada noche. Tantos que hace unos cuantos años tuvimos que construir estas máquinas especiales.

Montag es un personaje lleno de dudas y asombro. Ante la oscuridad de su habitación donde yace su esposa casi muerta y la luz excesiva de la casa de Clarisse, se cuestiona:

aquella casa tan brillantemente iluminada a avanzada hora de la noche, tanto que todas las demás estaban cerradas en sí mismas, rodeadas de oscuridad. Montag oyó las voces que hablaban, hablaban, tejendo y volviendo a tejer su hipnótica tela. Montag salió por el ventanal y atravesó el césped, sin darse cuenta

de lo que hacía. Permaneció en la sombra, frente a la casa iluminada, pensando que podía llamar a la puerta y susurrar: «Dejadme pasar. No diré nada. Sólo deseo escuchar. ¿De qué estáis hablando?»

Bradbury resume en este personaje a toda la humanidad que guarda dentro de su corazón la interrogante sobre el sentido de la vida y no encuentra la respuesta.

La novela transcurre entre los encuentros de Clarisse y Montag abriendo un diálogo que deslumbra, Ella se convierte en el detonador de la humanidad del bombero. Ella es la cámara que observa todo lo que sucede en su mundo, en las muertes de los jóvenes, en la actitud de la gente que no habla, no se comunica.

Montag abrió la boca y fue Clarisse McClellan la que preguntaba: —¿No se dedicaban los bomberos a apagar incendios en lugar de provocarlos y atizarlos?

—¡Es el colmo! Stoneman y Black sacaron su libro guía, que también contenía breves relatos sobre los bomberos de América y los dejaron de modo que Montag, aunque familiarizado con ellos desde hacía mucho tiempo, pudiese leer: *Establecidos en 1790 para quemar los libros de influencia inglesa de las colonias. Primer bombero, Benjamín Franklin.*

El escritor continúa narrando escenas de incendios de libros, de la anciana que prefiere morir quemada junto con su biblioteca; un libro cae en las manos de Montag, y él lo oculta dentro de su chaqueta. La muerte de la anciana cae como una culpabilidad dolosa sobre su corazón. La proximidad del libro comienza a transformar a Montag. Ahora él tiene algo prohibido que puede causarle

la muerte.

La narración discurre de manera fluida; las 150 páginas no tienen desperdicio. Lo que comenzó con cinco cuentos, se convirtió en un libro de referencia donde se puede ver lo que sucede en las sociedades, donde se extinguen la cultura y la solidaridad.

En palabras del autor, muy adecuadas a la situación educativa que vivimos:

Sólo resta mencionar una predicción que mi Bombero jefe, Beatty, hizo en 1953, en medio de mi libro. Se refería a la posibilidad de quemar libros sin cerillas ni fuego. Porque no hace falta quemar libros si el mundo empieza a llenarse de gente que no lee, que no aprende, que no sabe. Si el baloncesto y el fútbol inundan el mundo a través de la MTV, no se necesitan Beattys que prendan fuego al kerosén o persigan al lector. Si la enseñanza primaria se disuelve y desaparece a través de las grietas y de la ventilación de la clase, ¿quién, después de un tiempo, lo sabrá, o a quién le importará?

No todo está perdido, por supuesto. Todavía estamos a tiempo si evaluamos adecuadamente, y por igual, a profesores, alumnos y padres, si hacemos de la calidad una responsabilidad compartida, si nos aseguramos de que al cumplir los seis años cualquier niño en cualquier país puede disponer de una biblioteca y aprender casi por osmosis; entonces las cifras de drogados, bandas callejeras, violaciones y asesinatos se reducirán casi a cero. Pero el Bombero jefe en la mitad de la novela lo explica todo, y predice los anuncios televisivos de un minuto, con tres imágenes por segundo, un bombardeo sin tregua. Escúchenlo, comprendan lo que quiere decir, y entonces vayan a sentarse con su hijo, abran un libro y vuelvan la página (Prefacio de Ray Bradbury, febrero de 1993).

COLOQUE
ESTAMPILLA



PERIPILOS
CADA LIBRE
LITERARIOS



Personaje

Silvia Quezada

Jesús Morales, una lección irrepetible

1. Conocí a Jesús Morales en 1981, en su consultorio de la calle Mezquitán 60, junto al teatro Roxy. Era un hombre de estatura media, piel morena, vestido rigurosamente de traje oscuro o camisa de vestir. Llevaba siempre un portafolio con sus prosas poéticas y dos o tres libros. Era reservado, observador, muy inteligente. Morales fue un homeópata muy reconocido; aquella tarde, cuando fui a verlo para consultarlo, yo no podía hablar, tenía la garganta congestionada. Me hizo varias preguntas a las que yo respondía con un movimiento de cabeza: sí, no. Me pidió que me tomara dos gotas de *causticum*, y al hacerlo, me preguntó: —¿Cómo te sientes ahora? Intenta decírmelo.—Me siento muy bien doctor—, contesté con una voz perfectamente normal, llena de claridad. —Me dijeron que te gusta mucho escribir, ¿es cierto? —Sí—, le afirmé—, pero lo que más me gusta es leer.

El 15 de mayo, día del maestro, cobró un significado especial para mí desde entonces. Lo buscaba en su consultorio, en los cafés, en casa de sus amigos. Siempre le llevaba un nuevo libro.

2. Jesús Morales leía mucha literatura española. Le interesaban libros como *El corazón de piedra verde* de Salvador de Madariaga, una novela histórica en la que confluyen el universo azteca y el mundo de los colonizadores. Me sugirió leer ese libro para observar los rituales gastronómicos, y mirar la importancia del maíz, del frijol, del chile, para comprender sus mitos y sus representaciones. Los ejercicios de escritura que me solicitaba tenían como motivos de trabajo, la contemplación de una

mazorca, o de una pepita de calabaza.

El profesor disfrutaba de la comida casera y yo saboreaba la revisión a conciencia de mis textos. Era un intercambio justo, decía. Los colocábamos sobre la misma mesa, el pipián para el profesor, las descripciones, para la discípula. Había que buscar en diccionarios y libros varios, pensar y reflexionar sobre la semilla que sitiaría el agua, la sal, el metate o el molcajete.

Con Morales aprendí a escribir viñetas literarias, o, por lo menos, las practiqué.

Las viñetas literarias eran textos narrativos que mostraban un espacio o un momento significativo, esbozos, o si se quiere, ensayos brevísimos de un instante. Una composición que se fija en el tiempo, como un trozo de vida. Una de las tareas más difíciles fue escribir una viñeta en torno al aguacate, ese fruto considerado como un testículo que cuelga del árbol, y hablar de su poderosa semilla, de su verdor y consistencia indígena.

La escritura creativa tuvo una base fundamental: el conocimiento del idioma, de la gramática tradicional. Le dedicábamos un mes a la fonética, y producíamos decenas de sonidos alrededor de un objeto, traía a la clase las lecciones de los modernistas, aquellas aliteraciones fantásticas, y los juegos de palabras parecidas, que le daban consistencia al decir: El ruido con que rueda la ronca tempestad (de José Zorrilla).

Morales quería que le precisara el porqué yo decía: salí de la casa y no salí de mi hogar, porque estaba siempre al cuidado del sentido, del significado exacto, del uso de un sustantivo, de una expresión, y sin caer en el análisis del discurso me mostraba las razones del hablante, o del escritor, para decir una oración u otra para discurrir su punto de vista.

No hacíamos juegos literarios, escudriñábamos el idioma heredado.

Con la sintaxis no teníamos problema. La lección se concentraba en tres palabras: sujeto, verbo y predicado. La morfología nos llevaba al juego, dime qué palabra es esta: Catedral. —Catedral es un sustantivo femenino, es un sustantivo común, se encuentra en singular. Y al mismo tiempo recorríamos Guadalajara: —Dime qué categoría de palabra es rotonda, museo, palacio, kiosco, plaza.

3. Mi profesor tenía aliento de alquimista. Algunas tardes hablábamos de la piedra filosofal, a él no le interesaba convertir el plomo en oro, lo que realmente lo obsesionaba era hablar del elixir del rejuvenecimiento e incluso de la vida eterna, de la inmortalidad. Quizá por eso practicaba la homeopatía, tal vez por ello me hacía leer a Fulcanelli y a Henry Bergson. Comentábamos nuestras lecturas antes o después de las clases de latín, de las clases de gramática. Fue un guía espiritual y un docente. Me decía que nada era más importante en mi vida que escribir. —Déjalo todo, nada importa. Tú escribe—. A veinticinco años de su muerte no lo he logrado del todo, porque formé a tres hijos, sin embargo, cada vez que escribo, su voz se asienta junto a mi oído para preguntarme: —¿está bien hecho? ¿cuidaste el ritmo? ¿te bastaron esos renglones para completar la idea en el párrafo?—. Y lo sigo escuchando, por supuesto.



COLOQUE
ESTAMPILLA



PERIPLOS
DE PERIPLO
LITERARIOS

Voces de resistencia en *Resistir: Antología de poesía latinoamericana 2020*¹.

Diana P. Valencia

Resistir es una antología bilingüe español-francesa que recopila las voces de ciento cincuenta poetas latinoamericanos, pertenecientes a catorce Centros PEN (Poetas Ensayistas y Novelistas) de América Latina. Incluye autores nacidos desde los años treinta del siglo pasado, hasta principios del siglo XXI. La integran tanto poetas consagrados como la nueva generación de creadores.

Cada Centro PEN latinoamericano participó con diez poemas originales en castellano por escritores de ambos sexos, traducidos al francés por un lingüista experto. El libro *Resistir* incluye las colaboraciones por orden alfabético, desde el PEN Argentina hasta el PEN Venezuela. Cada Centro participante viene precedido por una breve reseña crítica de un poeta europeo. Emmanuel Pierrat, Presidente del PEN Club francés, escribió el prefacio general.

El ensayo de presentación es de Rocío Durán Barba, la compiladora y editora responsable de esta importante antología y ha escrito: «Resistir no será la más original de mis obras. Será la mejor de mis historias». (17). La frase plasma la satisfacción de ver publicada esta obra de tan amplio espectro, tras superar los desafíos que implican coordinar a distancia un proyecto multinacional escrito por numerosos especialistas. Durán-Barba se propuso tender puentes intelectuales entre la consolidada tradición académica gala y la nueva savia que

recorre imparable las venas de los poetas de las Américas, desde Walth Withman, el democratizador de la poesía en las Américas, hasta el chileno Raúl Zurita, Premio Reina Sofía de Poesía 2020, o la joven poeta Amanda Gorman, quien con apenas 22 años, leyó un elocuente poema lírico testimonial, el 20 de enero de 2021, durante la toma de posesión del nuevo presidente de Estados Unidos, Joe Biden. Rocío Durán Barba escribió una carta a sus colegas del Pen Club de Francia cuyo contenido hace eco a las voces de los grandes poetas mencionados e invita a la apertura hacia una poesía emblemática de los desafíos del presente, comunicándoles:

En el mundo actual, la literatura no puede ser herencia exclusiva de una élite, un pueblo, o modas, sin ahogarse en los muros interiores de un país. Nuestra época llama a la apertura, la colaboración, el entendimiento entre escritores de las más distintas nacionalidades. La grandeza literaria de Francia, centro histórico de las letras, debe tornarse hoy, más que nunca, hacia la apertura al mundo.

Siguiendo esta idea, el PEN Club Francia invita a los centros PEN latinoamericanos a participar en una antología poética en torno a uno de sus lemas: *resistir*. (18)

La respuesta del PEN francés fue ¡Adelante! Emanuel Pierrat, citado antes, define *Resistir* como una invitación a la aventura y la exploración de nuevos territorios literarios: «... esta gira poética por América Latina debería convertirse en una guía de viaje recomendada a todos los amantes de la lengua y la literatura». (11).

Mi recorrido personal por este texto parte del interés por explorar las experiencias de resistencia individual y colectiva escrita por los representantes del Centro PEN de Guadalajara, México, al cual

¹ Una versión preliminar de este ensayo se presentó en forma virtual en el XXVII Congreso Internacional de Literatura Hispánica, el 5 de marzo de 2021.

pertenezco. Los poemas que comentaré a continuación tienen como denominador común la ausencia de toda militancia partidista o ideológica. Cada uno es absolutamente personal e íntimo, es un poema.

Coincide con esta apreciación Philippe Delavou, quien en su preámbulo a los poemas de Guadalajara, escribe: “La vocación de la poesía no es, ante todo, el compromiso político o la defensa de una causa-nivel en el que se arriesga a perder su *esencia*, pero puede [...] denunciar cualquier ataque contra la *vida* de la que es testigo. (163).

Los diez textos del Centro Guadalajara hablan de formas de resistencia contra los demonios interiores y exteriores que atacan la vida. He clasificado las respuestas en dos apartados. En el primero, destaca la voz lírica individual. «El yo» se mira en su imagen especular como en los textos de Zelene Bueno (1960), Martha Cerda (1945), Elsa Levy (1941), y Ruth Levy (1948). En el segundo grupo, la voz lírica se distancia de sí misma y concentra la mirada en el «otro», el subalterno Así lo hacen: Luis González (1972), Mario Heredia (1961), Ileana Hernández Arce (1960), Aída María López Sosa (1964), Jorge Orendáin Caldera (1967) y Rafael Ortiz Ornelas (1978).

1. La imagen especular del «Yo»

El poema de Zelene Bueno toma por título su primer verso: «Vine a escuchar el grito de las mil voces». (166). Es un texto intenso, sucinto, en el cual la voz poética se cuestiona escéptica acerca del dolor colectivo presente en las calles ensangrentadas y duda acerca del punto donde se origina el llanto colectivo confluyente con el suyo personal, desdoblado en el diálogo entre las voces del «yo/tú» especular. Ambos ecos se fusionan en una colectividad sufriente, trágica, como en el coro de la tragedia

griega. El poema concluye cuestionando la finalidad de la poesía, y del oficio del poeta como el antiguo sacerdote de la tribu. En el mundo actual le queda poco, o nada al vate por celebrar, concluye: «¿A cantar vine?/ si llevo en el ala el corazón doliente/ a fuego lento zurcido /en el ojal del tiempo/ [...] ¿Vine/yo/ a cantar?» (166).

Martha Cerda titula su poema «Pasión vedada» Es un discurso elegante, pulcro, de engañosa suave cadencia. En realidad es un texto de acento gótico, tejido en torno al sentimiento de atracción entre la voz lírica y el «tú» evocado. Es la experiencia de dos almas gemelas que se encuentran a destiempo y la relación de amor es platónica. La voz lírica reclama al tú el abandono del cual fue víctima. Este engaño no lo causó otra mujer de carne y hueso, sino la más traicionera de las damas, la muerte, y cierra el poema: «Soy castísima amante/ de tus ojos hundidos/de tu piel transparente/de tu llanto distante/... La que en llamas te llama/ y a gritos te reclama/ que te hayas desposado/ ¡con la muerte!» (168).

En el poema de Elsa Levy, la imagen de «La máscara», da título y es el *leitmotiv* para simbolizar la búsqueda y aceptación del yo auténtico. Como en el teatro, el antifaz es un falso recurso para ser el otro aceptado por todos, ocultando el rostro del dolor y el fracaso. Es un hábil escondite contra el desamor y la búsqueda de la palabra poética. Sin embargo, dicha máscara se desplaza convirtiéndose en un instrumento provisional de resistencia contra el miedo al fracaso personal; y un instrumento que le permitió a la voz poética conquistar sus metas. La voz lírica finalmente se confronta a sí misma y la máscara empieza a estorbarle. El hablante concluye reconociendo que toda experiencia: mala o buena, definitiva o provisional, nos conforma como quienes somos en el presente y concluye con un grito de libertad: «¡Fuera máscara! Quiero ser yo» (176).

«Conservaré todo lo que logré con la máscara. Me amarán como yo. Escribiré como yo». (176).

«Eco sordo», de Ruth Levy, es un poema sucinto, breve, delicado y fino. Se agrupa en cuatro estrofas leves de grandes aciertos armónicos que subrayan la búsqueda de la libertad, como en el poema anterior de «La máscara». Es el camino que conlleva la escritura poética mientras va desplazando en el fluir de las palabras con frases muy afortunadas poéticamente, tendientes a liberar la palabra a través de la escritura: «Montada en el aire/mi voz pretendió aprender su lenguaje/luchar con el baluarte de la libertad». (178).

Los poemas de Zelene Bueno, Martha Cerda, Elsa y Ruth Levy se resuelven en un cuestionamiento, búsqueda o liberación del «yo» mediante el acto de la escritura.

2. El yo y la colectividad.

«Roja de Octubre», de Jorge Luis González, utiliza la luna escarlata como motivo para observar el mundo desde diferentes espacios del orbe. El ámbito privilegiado corresponde al mundialmente famoso Festival de Octubre en Alemania, donde la afamada cerveza de Bremen se degusta acompañada de deliciosas salchichas blancas con patatas: mientras en Japón o en Canadá la luna de octubre contempla las hojas del árbol de maple, cultivadas por las manos de quienes han emigrado para saciar «los estómagos de piedra ofrecidos al lobo del hambre» (170). Así, mientras unos pueblos gozan y celebran las tradiciones otoñales, otros son los «carentes de vino y cerveza/ pueblos en dunas de sombra/ que sin mañana/ quedándose van» (170). La misma luna se desplaza por el orbe hasta llegar a la «dorada tez de playas rojas». La figura final evoca, irremedia-

blemente, las playas tropicales hispanoamericanas teñidas por el rojo de la sangre.

«25 Lynemouth 1982», de Mario Heredia, surge de una estampa de viaje como el poema anterior de Jorge Luis González, «Roja de Octubre». En ambos casos se confronta la situación del *otro* y *la del yo* desde la perspectiva distanciada del viajero mirándose a sí mismo y a sus compatriotas desde fuera de la Patria. El verso programático plantea una interrogante: «¿Hay algo más triste que verlos aguardar?» Se refiere a los trabajadores migrantes, que nunca son nombrados explícitamente. Sobra hacerlo, son figuras expresadas con metonimias conocidas por todos: «La tarde gris y un alambre por ventana/el metal es frío y hostil» (172). Es clara alusión al muro que demarca, y separa, 25 Lynemouth de Estados Unidos de la frontera mexicana. «El gabán huele a un incierto pasado». Nueva metonimia para aludir al trabajador migrante. La esperanza está cercana y a la vez tan distante: «Hoy/ la frontera a diez pasos/ Hoy/el silencio es un himno/Y no es por el niño difunto ni por la huelga/» En estos breves versos se concentran cientos de años de historia que obligan a estos hombres y mujeres a jugarse la última carta a todo o nada. El poema continúa haciendo alusión al frío y a la carencia de un plato de sopa caliente para confortar el hambre espiritual y material. La línea final responde a la causalidad implícita del poema, afirmando: «Este mediodía descansarán los lagartos». (172).

«Ojo caliente», de Ileana Hernández Arce, es una referencia velada al caso de los 43. Dice el poema, «donde tú y tú y cuarenta y tres veces tú/ mueres por error». Es una cicatriz que no cierra en México. Un grupo de estudiantes de la Normal Superior de Ayotzinapa, en el estado de Guerrero, desaparecieron sin dejar rastro alguno. Las indagaciones más serias concluyen que los jóvenes fueron confundi-

dos con delincuentes; posteriormente torturados, asesinados e incinerados para no dejar rastro de huella identificable.

Es uno de los casos más tristemente emblemáticos de la violación en contra de los derechos humanos en México y ha motivado una ola de solidaridad mundial con los jóvenes y sus familias, quienes hasta este momento continúan buscándolos. Ileana Hernández finaliza: «bajo fosas a la luz del fuego/luz consumida en cenizas/ violencia/ es terminar desnudo de la vida» (173).

Jorge Orendáin Caldera denuncia el autoengaño ante la violencia y la violación de los derechos humanos que venimos abordando en los dos poemas anteriores, ante la cual permanece ciega o indiferente una gran mayoría de la sociedad mexicana:

Mi país es un paisaje que Dios contempla
asombrado, asombrado siempre
de tanta sangre que corre como un río
que miramos creyendo que es
un río hermoso de azul transparencia.

Mi país es un silencio a todas voces dicho
entre tanta inmundicia que miramos en instantes,

instantes que creemos sublimes
(182)

En efecto, algunos ciudadanos, a fuerza de la repetición de estas circunstancias, prefieren refugiarse en el espacio de comodidad que solamente advierte la azul transparencia de los ríos y el sol tropical de las playas. Guardamos silencio ante instantes inenarrables. Sin embargo, la mirada de algunos poetas, como Zelene Bueno, invitan a “desnudar el

agua de un río revuelto..., en llanto” (182).

El motivo del agua y el silencio inspira el poema «Hay también un río de voces ahogadas», de Aída María López Sosa. Ella, como la mayoría de los poetas de esta antología nacidos a partir de la década de los sesenta, se rebelan y denuncian el mundo en el cual nacieron.

López Sosa escribe acerca del escritor, el periodista y el poeta cuyas plumas y tinta han sido silenciadas. Hay un torrente, dice el poema, de «Lenguas amarradas/manos mutiladas/esperanzas marchitas» (180). Con despliegue de ira reclama que Dios no ha escuchado ni respondido ante sus súplicas. No hay más remedio, continúa el poema: «Buscas respuestas en la justicia, en tu patria, en la ajena/Resignado te aferras a la palabra, a la letra/» (180). La voz poética no cesa en su afán de defender la escritura como espacio de denuncia en pos de la libertad y la verdad: «Disidente dirá tu epitafio, quizá haya olvido/Estiras la lengua hasta el último aliento/» (180).

La libertad y el poder de la palabra poética «triturarreas» está presente en «Paloma y sus alas», de Rafael Ortiz Ornelas. Es un hombre quien, sorprendentemente, escribe el poema más feminista de la serie. Trata de la resistencia de la mujer a su destino tradicional como un ser confinado en el hogar, simbolizado por una «jaula» de «barrotes sembrados en el concreto» existiendo «a la sombra sin fin del calendario». Es un transcurrir cotidiano, monótono y sin trascendencia, desempeñando las labores de limpieza y cuidado del hogar: «su espalda suda plumas, muchas plumas». Dice el hablante: exhausta tras las labores y el cautiverio forzado: «Paloma se arquea, se comprime sin fracturarse». Estoica, esconde las lágrimas cuando ofenden a su madre llamándola una cualquiera, respondiendo que su progenitora fue en realidad una ave fina de dulce voz personal, una «alondra». Los tres últimos versos

concluyen:

Sus letras son hélices triturapuertas
Sobre la hoja blanca, nave de piedra
En la que escapan sus sueños volando. (184).

«Paloma y sus alas» despliega gran cohesión entre el cromatismo en blanco y su simbología de pureza, elegancia y gracia, evoca los delicados matices del modernismo hispanoamericano; sin embargo, al final la escritura se resuelve en las «hélices triturapuertas» vanguardistas. Paloma va más adelante de los modelos preestablecidos y representa a la mujer y a las mujeres, quienes resisten el confinamiento del espacio privado del hogar, sacrificando sus anhelos de conquistar el espacio público que les es ajeno y del cual han sido expulsadas por el discurso patriarcal. La escritura se convierte, entonces, en un espacio de desplazamiento y resistencia donde la imaginación permite dar rienda suelta a los anhelos de libertad, un desafío aún por conquistar para la inmensa mayoría de mujeres en América Latina.

Por las páginas de *Resistir*, escritas por los autores del Centro PEN de Guadalajara, transita la crítica a la censura de la palabra, la pobreza, la soledad, el desamor, la muerte, las desapariciones forzadas y la búsqueda de la voz auténtica. El tono fluye entre la ironía, el hastío, la solidaridad, la adaptación y el olvido. Y, sobre todo, los poemas estudiados aluden a la búsqueda de libertad y liberación colectiva a través de la escritura poética. El poeta aún confía en la palabra como espada para retar y esgrimir un mundo convulso.

Resistir lucha contra las tinieblas del silencio en busca de la luz de la palabra poética que ilumina la verdad y la libertad, como Gioconda Belli expresa atinadamente en *Poesía en tiempos de crueldad*: «Es necesario el tiempo, el amor y el horror/para que la poesía se encienda como una lámpara/y salga con sus fósforos y luciérnagas/a iluminar la noche».

(250).

Enhorabuena a todos los poetas participantes de América Latina, especialmente, a los del Centro PEN Guadalajara por sus poemas transgresores y novedosos, sigamos defendiendo la libertad de la palabra para denostar a la realidad histórica.

Bibliografía citada:

Resistir: Antología de poesía latinoamericana 2020. (Bilingüe español-francés). Antología dirigida por Rocío Durán-Barba. Miembro del Comité Director del PEN Francia. Con la Colaboración del PEN Francia. Écrits des Forges Poesie/Allpamanda Editorial, Trois-Rivières, Québec, 2019.



Navegaciones sobre la piel de las islas¹

(Siguiendo a *Las islas griegas*, de Lawrence Durrell)

Raúl Aceves

Balcones que miran al mar y vigilan al día, entre cúpulas azules y macetas de geranios, paredes blanquísimas y callejuelas escalonadas. En la terraza asomada al horizonte, una silla y una pequeña mesa verde esperan solitarias al contemplador que venga a completarlas. A la distancia el sol mediterráneo se

hunde con su séquito de colores en la pradera marítima de Santorini.

Cada rincón de Santorini es un poema que se escribe solo: el borrico que asciende los 600 escalones de la calle desde el muelle, los molinos de viento que descienden la colina, la mesita para el café cargado de la mañana, cada golondrina que dibuja su vuelo incluso en las antiguas ánforas, cada casa excavada en la roca, cada cúpula con su campanario ortodoxo, cada gato que se pasea indolente, cada luna que parece una isla del cielo.

El mar pastorea su rebaño de olas en Corfu, mientras el sol, ese eterno viajero, se deja llevar de isla en isla. Las luces del puerto centellean como estrellas sosegadas en la noche y la brisa nos trae

1 En *El pasajero de sí mismo*. Guadalajara, La Zonámbula, 2021

los olores de la hembra marítima, cargada de peces, algas y sudores amorosos. Resuena el canto griego, agudo y melodioso, como el entrecocar de los guijarros de colores en la playa, acompañado por el *bouzuki*.

La mañana se abre, como una frontera traspasada, para que pueda pasar la enorme criatura azulada que respira, alternando el estruendo con el vaivén. Un archipiélago de versos como islas esparcidas sobre la alfombra marítima, se dejan leer en voz alta por las invisibles presencias de los antiguos poetas. Las islas son barcos anclados para siempre.

Laderas escarpadas, pedregosas, calizas, llenas de matojos, encinas y cabras, como jardines de salvaje aspereza, donde el aroma del limón se mezcla al de la tierra recién regada. Aquí hasta los caballos usan sombrero de paja, con agujeros para las orejas. Las arcadas del ancho paseo marítimo bordeado de árboles y la ropa secándose al sol en los balcones como un desfile de banderas, anuncian la piel brillante de la atmósfera, reflejada en las paredes blanquísimas, ¡*To fos!* La luz, el ojo de Dios.

Aquí no hay burros, sino arquetipos de burros, los modelos originales recién salidos de la fábrica del Creador. Y los hombres son arquetipos de hombres, recién modelados en arcilla, bebedores de luz líquida y embriagadora, como el ouzo, vino seco, árido, dramático y extraño. Aquí, donde la belleza es la vitalidad de la materia, la luz en los ojos enamorados de lo que ven. Aquí donde Afrodita puede ser cualquier aldeana.

La isla entrega sus encantos, paulatinamente, como una mujer sabia. Aquí los límites desaparecieron, nada empieza ni termina, solo existe, intensamente existe. Aquí se da cita la sagrada trinidad: *Gea*, la Tierra; *Uranos*, el Cielo; *Talasa*, el Mar. Y en medio como testigo privilegiado, *Anthropos*, el





hombre, “El que mira hacia arriba”.

Las almas de los naufragos quedan hechizadas por la atmósfera del sueño de las islas, convertidas en espíritus sonámbulos, presas de visiones y amores. La embrujada despreocupación anestésica de estos lugares los asemeja a un paraíso mediterráneo de apolínea lucidez y sueño sagrado, de vez en cuando roto por las orgiásticas fiestas dionisiacas.

Bosques enteros de robles fueron convertidos en barcos de guerra, mientras los olivos solo servían para producir aceite, y por eso prosperaron y sobrevivieron. En Corfú hay más de tres millones de olivos. Según Homero, 140 mil griegos a bordo de 1,186 barcos partieron hacia Troya a rescatar a Helena, y la gran flota de Alejandro Magno contaba con 1,800 barcos.

Los mitos, hechos esculturas, pinturas murales o cerámicas habitan el subsuelo de las islas, la presencia marmórea de los antiguos dioses, reyes y héroes, sembrados como bosques de sueños. Con lentitud y belleza se despliegan los mitos convertidos en poemas, como en un paisaje inabarcable, como si la mirada se fuera de viaje por todo el cuerpo fragmentado de un ser único.

La poeta Safo, de la isla de Lesbos, «la décima musa» según Homero, dio el salto al vacío desde los blancos acantilados de la isla de Levkás, solo para hacernos ver que la poesía siempre será otro «salto al vacío», otro *katapontismos*. El juego de la vida consiste en cruzar con sigilo por el laberinto, sin despertar al monstruo.

Comer al aire libre, bajo una parra, con racimos o archipiélagos de uvas, como encapsulados viñedos aéreos, flotantes entre la tierra y el cielo. Probar un pan *psomi*, untado con mermelada de cerezas *viscino*, acompañado de una buena taza de café turco, en el patio de una casa campesina rodeada por un olivar, en la isla de Ítaca. Esperando la visita de

Ulises, o por lo menos, la del águila *Aetas*, o la del cuervo *Korax*.

«**Ahí estaba, equilibrada como un pájaro**», dice Lawrence Durrell, hablando de la estatua de mármol de un joven con la mano vacía, que sostenía algo. ¿Una manzana para la diosa? ¿Un huevo *Avgo*, de donde surgió una isla, tal vez Citerea, donde nació Afrodita? Una sola mirada de Afrodita y ya se era su esclavo. «Estaba colocada en algún lugar entre lo imposible y lo inevitable», termina diciendo Durrell.

Manos invisibles se encargan de limpiar las ermitas desiertas y reponer el aceite de las lámparas, ya sea en los altos acantilados de la costa o en las cimas de las montañas de Samos. A Samos la llaman *Arthemis* por sus flores, *Phylis* por su verdor, *Pityussa* por sus pinos, y *Dryussa* por sus robles. Aquí se baila la más grave de las danzas, el *kalamatiano*, y se entona la más bella canción, *Samiotissa*.

Cada isla tiene su olor y sabor característico. Creta huele a hierbas: romero, salvia y orégano. Thásos huele a pinos y a lilas. Póros huele a resina de pino. Chios huele a limones, polvo y miel de roca, y sabe a lentisco, con el que hacen una goma de mascar. El paladar es la caverna donde resuenan los sabores esenciales y se convierten en experiencias únicas. En sus sabrosas tinieblas se degluten los silencios y los matices que intentan nombrar las palabras infructuosamente.

Chios se atribuye el nacimiento de Homero, «el anciano ciego de la rocosa Chios», en un lugar al norte de la isla llamado Kardamyla. El poeta, aeda o rapsoda más famoso de Grecia, nació en una pequeña isla, una de las 1,425 que componen las aguas territoriales griegas, de las cuales solo una décima parte está habitada, y algunas sólo por monjes y cabras. La marina mercante griega tenía 4,529 barcos en 1976, más barcos que islas, y cada barco

era una extensión del territorio griego.

En Grecia era una tradición que los bandoleros, cuando iban envejeciendo, se arrepintieran bruscamente y se refugiaban en los monasterios, convirtiéndose en monjes espléndidos. Como puntos blancos en un paisaje de almendros, ciruelos, higueras, olivos y viñedos, se encuentran esparcidos los pequeños monasterios de la isla de Skópelos.

El árbol más viejo de Grecia era el sauce del santuario de Hera, en Samos, y el segundo más viejo era el roble del oráculo de Zeus, en Dodoni. Los sacerdotes interpretaban los susurros de las hojas del roble movidas por el viento, que expresaban en un lenguaje enigmático. Igual que los poetas.

«**Con el sol la isla se abre como una rosa**», dice Durrell de la isla de Ídhra. Región solar, con sangre de toro en las venas, rocas calizas y mármol en la carne, y vides, olivos y cereales en la piel mediterránea. Y todo en el caldo nutricio de Poseidón. Las montañas son masculinas, las islas son femeninas. Los bailes insulares son suaves, ondulantes y rápidos; los montañeses son rígidos, orgullosos, hieráticos.

El juego de sombras de las hojas de parra sobre los muros de las casas rosas, azules y blancas, parecían escenificar un teatro de marionetas tradicional, en Mitilene. Los ancianos oscuros, resacos y arrugados, conversan sentados en los pórticos o en sus sillas de paja, sobre un suelo de guijarros de colores. Una isla es una soledad rodeada de mar, y un isleño es un marinero sin barco. El mundo es una conversación interminable.

Después de Madrid

Martha Cerda

Después de un mes de vivir en Madrid, dije bien, «vivir», estoy de regreso en casa, pero no del todo. Una parte de mí aún viene en camino y no tiene prisa por llegar.

No voy a caer en el lugar común de decir que dejé mi corazón en Madrid, porque me parece una vulgaridad mezclar las vísceras con los sentimientos; lo que a mí se me han quedado rezagados son los sentidos y la memoria. Cuando mis manos giran la perilla de la puerta de mi casa, se dejan engañar por su forma, igual a la perilla del apartamento madrileño; pero al abrir la puerta mis ojos no encuentran la mesita de centro, con la lámpara que siempre me olvidaba de apagar, ni mi rostro recibe el cálido golpe de la calefacción que me daba la bienvenida y me confortaba del formidable frío exterior, proporcionándome un calor de hogar. Sin embargo, al asomarme a la ventana, aún veo el cielo parcialmente nublado del invierno madrileño que pregonaban los pronósticos del tiempo.

Mis pies también se rebelan, y no sólo se rebelan, sino que protestan porque ya no se pierden libremente por las calles, mientras más estrechas más llenas de posibilidades, como aquella de Las Huertas, donde a cada trecho encontraban (mis pies), una inscripción grabada en el suelo, con letras doradas, de algún fragmento de un poema famoso, acompañado de una placa en el muro con el busto en relieve y la biografía de su autor: Lope, León Felipe, Becker... Ni tenían que correr (mis pies) para evitar el atropellamiento del resto de mi cuerpo, pues confiaban en la seguridad que brindan al peatón los



“pasos de cebra” en cada esquina.

Mi memoria es cómplice y aliada de esa parte de mí que se rehúsa a volver. Las más renuentes son las sonrisas, que se resisten a convertirse en suspiros, conscientes de que terminarán en lágrimas.

Sé que poco a poco, con el devenir de los días, se irán apagando los recuerdos supliéndose por compromisos, juntas, horarios, semáforos...

Mis pies retornarán a su ritmo frenético y mis ojos no alcanzarán a ver más allá de los problemas cotidianos, pero por ahora, por favor no me apresuren, permítanme gozar del Madrid que llevo dentro, antes de que lo olvide.

Calendario Literario

Lizbeth Sánchez

La pluma y la imaginación continúan vivas a pesar de la pandemia, o quizás gracias a ella.

Actividades de los miembros de PEN Guadalajara durante los días de encierro y cuidado.

2020		
Marzo	Jorge Luis González	Publicó la antología de Poesía Entre Tintas... tinto.
	Silvia Quezada	Impartió la Conferencia El mundo animálico como símbolo de marginación social en Faragual Universidad de San Carlos de Guatemala, Escuela de Formación de Profesores de Enseñanza Media.
Mayo	Alejandra T. Pichardo	Publicó el libro de Cuentos Realidades apócrifas y el jamón Ed. Letra Minúscula.
Jun	Silvia Quezada	Impartió la Conferencia "La narrativa social de Carlos Changmarín" XXVI Congreso Internacional de Literatura Hispánica, University of New Haven, USA
		Organizó el evento Escritores en Jalisco Nacidos en los 90
Jul	Ruth Levy	Publicó el libro de Minificiones En pocas palabras y en menos. Puerta Abierta Editores. Colima.
Ago	Ruth Levy	Publicó el libro de Cuentos Yo si vengo con otros cuentos. Puerta Abierta Editores.
Sep	Ruth Levy	Publicó el libro Asimismo I. 13 ensayos literarios y un diario de lectura". Puerta Abierta Editores. Colima.
Oct	Raúl Aceves	Es reconocido con el Premio Jalisco de Literatura Edición 2020.

2020		
	Ruth Levy	Publicó el libro de Ensayos Asimismo II. 13 ensayos literarios. Puerta Abierta Editores.
	Yolanda Zamora	Publicó la Novela La última llovizna. Editorial La Zonámbula. Con prólogo de Ruth Levy
Nov	Raúl Aceves	Recibió el Premio a la Excelencia Literaria otorgado por el Centro PEN Guadalajara en su primera edición, reconocimiento que llevará el nombre de este poeta a partir de la edición 2021. Entregan Arnulfo Velasco, Martha Cerda y Ruth Levy.
	Jorge Luis González	Participó en la Lectura Day of Deaths. Centro Pen San Miguel de Allende.
	Ruth Levy	Publicó el libro de Ensayo Gustavo Sáinz, un sastre generoso. Puerta Abierta Editores. Colima.
	Arturo Méndez Licón	Produjo y realizó el video de Conmemoración de día de Muertos y Memoria de los Periodistas Asesinados durante el año 2020. Participan: Arnulfo Velasco, Martha Cerda, Ruth Levy, y Laura Castro Golarte.
Dic	Raúl Aceves	Recibió el Premio Jalisco de Literatura 2020 de manos del Gobernador del Estado Enrique Alfaro.

Periplos literarios

2020		
	Yolanda Zamora	Presentó la Novela La última llovizna acompañada por Ruth Levy.
	Varios	Lectura de Textos de Integrantes del Centro PEN Guadalajara, participan: Raúl Aceves, Zelene Bueno, Laura Castro Golarte, Martha Cerda, Jorge Luis González, Laura Hernández, Ruth Levy, Arturo Méndez, Gulnara Molina, Jorge Orendáin, Silvia Quezada, Lizbeth Sánchez Vega, Margaret Sandoval, Alejandra T. Pichardo, Arnulfo Velasco, Leticia Villagarcía.

2021		
Feb	Martha Cerda	Publicó la Novela Mientras Agonizas. Memorias. Editorial La Zonámbula.
		Presentó la Novela Mientras Agonizas. Memorias. Feria Internacional del Libro de San Miguel de Allende. Acompañan Jorge Orendáin, Dr. Mario Martín, Dra. Diana Valencia, Maestro Ricardo Sigala.
Mar	Laura Castro Golarte	Presentó el libro Noticias del Fraile de la Calavera en la Cámara de Comercio de Guadalajara. Acompañan Ricardo Villanueva Lomelí, Rector de la Universidad de Guadalajara, Enrique Ibarra Pedroza, Secretario General de Gobierno del Estado de Jalisco, el sacerdote Tomás de Híjar Ornelas y el Presidente de CANACO, Xavier Orendáin de Obeso.
	Jorge Luis González	Participó en la Lectura Flavours of Home. Centro Pen San Miguel de Allende.

2021		
	Varios	Colaboración en la Antología Letras desde el encierro. Centro PEN Puerto Rico. Participan Aída López, Arturo Méndez, Gulnara Molina, Jorge Luis González, Laura Castro Golarte, Laura Hernández, Ruth Levy, Silvia Quezada, Yolanda Zamora.
Abr	Martha Cerda	Presentó la Novela Mientras Agonizas. Memorias. Seminario de Cultura Mexicana. Acompañan Jorge Orendáin, Dr. Mario Martín, Dra. Diana Valencia, Maestro Ricardo Sigala.
	Jorge Luis González	Publicó la antología Entre fabulaciones y brevedades.
	Silvia Quezada	Presentó el libro Obelisco en flor. Narradoras mexicanas del siglo XX. Seminario de Cultura Mexicana Guadalajara
		Impartió la Conferencia "Sara Velasco, Premio Francisco González León 2021" VIII Encuentro de poetas Francisco González León, Lagos de Moreno.
		Impartió el Curso Taller Cómo se escribe una leyenda Fundación Beckmann, Tequila, Jalisco.
		Publicó "Veintisiete escritores del Sur de Jalisco. Una antología desde el confinamiento" en Revista Papalotzi
May	María Lanese Centro PEN Argentina	Es elegida para recibir el Premio Raúl Aceves a la Excelencia Literaria otorgado por el Centro PEN Guadalajara. La medalla se entregará durante la FIL Guadalajara Edición 2021.
	Silvia Quezada	Acompañó a Octavio Hernández en la Presentación del libro "La memoria de lo indecible" Seminario de Cultura Mexicana, Guadalajara.

2021		
Jun	Martha Cerda	Segunda presentación de la Novela Mientras Agonizas. Memorias. Seminario de Cultura Mexicana. Acompañan Jorge Orendáin, Dr. Mario Martín, Dra. Diana Valencia, Maestro Ricardo Sigala.
	Silvia Quezada	Impartió Conferencia sobre Ramón López Velarde, aniversario luctuoso, Biblioteca Iberoamericana Octavio Paz
		Presentación del libro El Seminario de Cultura Mexicana en Guadalajara. Apuntes para su historia. En el Seminario de Cultura Mexicana, Colima.
Jul	Rafael Ortiz	Presentó la Novela Un vagabundo en mi sopa. Acompañó Yolanda Zamora.
Ago	Raúl Aceves	Publicó el libro El pasajero de sí mismo. Editorial La Zonámula.
	Arturo Camacho	Impartió Charla Un eco es un eco es un eco. Una exposición no olvidada. Acompañado por Juan José Doñán y Talien Corona. Modera Alejandro Cámara Frías (Curador).
	Silvia Quezada	Presentación del libro El Seminario de Cultura Mexicana en Guadalajara. Apuntes para su Historia. Acompaña el Doctor Jorge Souza Jauffred.
		Recibió la Medalla Alfredo R. Placencia del Seminario de Cultura Mexicana
		Organizó el Club de lectura online, 12 sesiones programadas el último miércoles de cada mes año 2021 y el Club de lectura 2.0 con 6 sesiones programadas el segundo miércoles de cada mes 2021

